



**Luis Antonio de Villena,
Dorados días de sol y noche
(*Memorias, II*), Valencia:
Pre-Textos, 2017, 480 pp.**

Rafael M. Mérida Jiménez
Universitat de Lleida
rmmerida@filcef.udl.cat

El segundo volumen de las memorias del poeta, narrador y crítico Luis Antonio de Villena (1951) constituye una de las obras más singulares publicadas en España durante los últimos años y resultará de indudable interés tanto entre quienes deseen profundizar en los entresijos literarios en el Madrid de las décadas de los años 70 y 80 como, sobre todo, en la reconstrucción de una autobiografía homosexual sin remilgos. En pocos textos publicados hasta la fecha en nuestro país la intersección entre cultura y sexualidad brilla de forma tan extensa y elocuentemente por desinhibida e integrada en el relato. No es la primera vez que nuestro autor transita por sus recuerdos: desde *Ante el espejo* (1982), *Patria y sexo* (2004) o *Mi colegio* (2006) hasta *El fin de los palacios de invierno* (2015). En el presente título, sin embargo, va mucho más allá que en los títulos precedentes, aun reconociendo que “me guardo tantos recuerdos, por amistad” (p. 451).

La consulta del sumario anticipa que algunos de los nombres más conocidos del universo literario de aquella época son, en buena medida, el eje sobre el que girarán los contenidos del libro. Y así es, sin duda: Villena se narra a partir de un ejercicio dialógico en donde la voz narrativa se define a través del espejo de sus amistades: de Vicente Aleixandre a Eduardo Haro Ibars, pasando por Juan Gil-Albert, Francisco Brines, Jaime Gil de Biedma, Manuel Mujica Láinez, Javier Marías, Fernando Delgado, Vicente Molina Foix, Fernando Savater o Leopoldo Alas, entre muchísimos creadores de diversas generaciones con quienes mantuvo una relación de estrecha amistad. El retrato es individual e intencionadamente coral: todos y cada uno de ellos son piezas de un mosaico que subraya, implícitamente, el proceso a través del cual un poeta también se *hace* gracias al contacto personal e intelectual. Tal vez el impudor explique que no se incorpore un índice de nombres final: sería de gran ayuda, no solo para curiosos y perezosos. Recuérdese que el

período que abarcan estas memorias se concentra en la fase inicial de su producción, en concreto entre su primer poemario, *Sublime Solarium* (1971), hasta *Huir del invierno* (1981), aunque parte de su recorrido alcance los años 90.

Resulta atinado subrayar, sin embargo, que este auto-retrato coral tiende menos a hilvanar de forma orgánica una poética -modelo que podríamos considerar más al uso- que a iluminar con especial delectación una parte más íntima de la vida cotidiana del poeta. En efecto, *Dorados días de sol y noche* aborda menos las lecturas del joven autor que los lugares y las circunstancias que favorecieron tal o cual relación. Así, no exageraría si afirmara que este volumen traza una de las más exactas cartografías del ambiente gay madrileño de los 70 de cuantas conozco. Dentro de unos años, este volumen será analizado no solo por sus méritos como crónica cultural de una época sino también por su reflejo de las prácticas y los espacios más comunes que definieron la sociabilidad homosexual en la capital de un estado en donde todavía estaba vigente una legislación destinada a perseguir las peligrosidades sociales.

Nada se dice de esta legislación en nuestra obra, como muy poco directamente sobre la convulsa política durante la Transición. Villena apenas apunta un antes y un después de la muerte de Franco, de manera que parece como si no le hubiera afectado: nada se habla de una época de turbulencias sociales y económicas, poco de elecciones tras décadas de dictadura. Mucho se recuerdan, en cambio, cafeterías y restaurantes elegantes, viajes dentro y fuera de España o la existencia de una notable red callejera de prostitución masculina, usada sin la más mínima problematicidad a partir del segundo intercambio. Resulta consecuente con el título y verosímil históricamente: Villena nace en el seno de una familia conservadora muy bien acomodada cuyas rentas le han permitido, durante décadas, evadirse de las obligaciones laborales comunes y concentrarse en una de las carreras más ricas y caudalosas de las letras en lengua española de las últimas décadas.

En ocasiones, se antoja que *Dorados días de sol y noche* son dos libros entrelazados, pues muchos de los autores que se mencionan parecen citarse para describir un ambiente nocturno añorado o unas prácticas sociales y eróticas apenas descritas en textos (auto)biográficos precedentes con sinceridad paralela. Quizá sea esa la razón que propicie que sean muy pocas las escritoras convocadas (Rosa Chacel, sobre todo, y un poco Carmen Martín Gaité o Gloria Fuertes), confirmando, de paso, una red de homosociabilidad innegable y la impronta de una masculinidad pre-gay. Muchos de los creadores que pasean vívidamente por entre sus páginas ya habían merecido ensayos o semblanzas de gran calidad del propio Villena: no cabe duda de que unos y otras se ven ahora

generosamente complementados. Un Gil-Albert, un Brines, un Mujica Láinez o un Gil de Biedma, por citar solo cuatro ejemplos, regresan para ser más o menos desvelados en beneficio de un ejercicio que certifica la densidad de la heterodoxia sexual de la que participa Villena: “A todos nos unían los libros y los chicos, la homosexualidad llevada por cada quien a su modo, pero sin cortapisas entre nosotros...” (p. 446).

Sin duda tiene razón nuestro autor cuando, al final de su recorrido, afirma que “las memorias son retazos, fragmentos de lo que fue realidad. Algunas cosas pueden ser silenciadas aposta –las menos en mi caso, pocas-, otras, es el propio y peculiar decurso de la memoria quien el día que escribes o aún repasas lo escrito, corrigiendo, resalta unas y olvida otras cosas, sin ningún aparente porqué específico...” (p. 474). Este segundo volumen de las memorias de Luis Antonio de Villena, diseñado en breves capítulos, silencia poco y destaca aquello que a la altura de 2016 –año de redacción- le estimula, de vuelta un poco de casi todo: homenajear la noche gozada hasta el alba, el deseo, más sensual que sexual a su juicio, y la amistad plena, casi siempre perdida, de su primera madurez, disidente y privilegiada.